

# La historia es un asunto público

EL BISTURÍ

ENRIQUE TUDELA VÁZQUEZ

Profesor de Historia de los Movimientos Sociales en la España Contemporánea

El pasado 24 de abril, la profesora Teresa María Ortega López, directora del departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada, inauguraba con una buena noticia las jornadas 'Franquismo: Control Social y Resistencias Cotidianas', celebradas en la facultad de Ciencias Políticas y Sociología. Aquella mañana se acababa de firmar en el rectorado la creación de una cátedra de Memoria Democrática en colaboración con la Secretaría de Estado del mismo nombre. Su máximo responsable, el político e historiador Fernando Martínez, presente en la inauguración de las jornadas, explicó detalladamente cuáles eran las líneas maestras que habían motivado la cooperación en esta materia entre el Gobierno y la UGR. Reflexionando sobre el momento actual, Fernando Martínez mencionó como en 1995, con motivo del veinte aniversario de la muerte del dictador Francisco Franco, la comunidad académica apenas mostraba interés por el asunto de la memoria. «Estábamos en otras cosas», comentó, para añadir a continuación que treinta años después nos encontramos ante un escenario muy distinto, en el cual destaca un interés creciente por conocer y comprender mejor nuestro pasado, por rescatar del olvido todo lo que podamos llegar a saber sobre esa etapa tan crucial de nuestra historia.

Dejando a un lado la necesaria reflexión sobre lo que fuimos y en lo que nos hemos convertido como sociedad, cabe preguntarse qué ha podido pasar para que cincuenta años después de la muerte del dictador hayan cambiado tanto las cosas y la memoria democrática tenga esa relevancia que no tuvo antes. No hay una respuesta sencilla a esa pregunta. Comencemos por señalar que este fenómeno emergente de la memoria no es exclusivo de España. Acostumbrados con frecuencia a pensar que somos una excepción en el contexto internacional, ese 'Spain is different' que tiende a colarse en nuestros análisis, tendemos a ignorar que nuestra sociedad también se vio sacudida por la creciente importancia que se le ha dado, desde la década de 1990, a los testimonios de los últimos supervivientes y testigos de los campos de concentración nazis, por citar uno de los ejemplos clásicos más conocidos. A medida que los relatos sobre los horrores padecidos a mediados del siglo pasado se incorporaban en el debate público y se sucedían las conmemoraciones, el pasado comenzó a acompañar al presente y a instalarse en el imaginario colectivo como una memoria en ocasiones amplificadas por los medios de comunicación y en otras, a menudo coincidiendo con esta atención mediática, gestionada por los poderes públicos. Las recientes imágenes de la ceremonia de celebración del ochenta aniversario de la liberación del terrible campo de Mauthausen, con la presencia de numerosas autoridades y una amplia cobertura mediática, son una buena muestra de ello. Unas décadas atrás hubiera sido algo impensable.

El debate sobre la relación entre memoria e historia es largo y profundo. Si entendemos la memoria como el conjunto de las representaciones colectivas del pasado forjadas en el presente, entendemos que puede compartir con la historia una misma preocupación por la elaboración del pasado y una misma mirada al ayer desde el ahora. Pero, para poder hacer bien nuestro trabajo, los historiadores hemos tenido que aprender a marcar distancias con la memoria y a saber utilizarla como una fuente más para la elaboración de un relato sobre el pasado. Esta distinción es clave, a pesar de que ambas, historia y memoria, comparten peligros similares, como pueden ser la amnesia o la mitificación del pasado. Personalmente, me encuentro entre quienes consideran que la historia no nos pertenece en exclusiva a los que nos dedicamos profesionalmente a investigarla e impartirla, ni tampoco creo que la historia se encuentre en un solo lugar, ya sean los archivos o los testimonios de quienes vivieron determinados acontecimientos. La historia



Fosa 28 de Víznar. FRANCISCO DE ASÍS CARRIÓN

es un asunto público, que se relaciona con nuestros derechos y nuestro bienestar colectivo y, aún más, la historia es sobre todo un asunto comunitario que nos sacude continuamente. Esta afirmación puede resultar intempestiva, fuera de lugar, pero creo que es de absoluta actualidad cuando se menciona un asunto que está causando una gran preocupación, como es la cuestión de las nuevas generaciones, y su relación con un determinado relato de la historia de España.

Hay tres ejemplos cercanos que quisiera compartir porque apuntan en esta dirección: la de trabajar en la elaboración de nuestro pasado común en espacios o instituciones públicas. En primer lugar, destacaría la magnífica labor que lleva a cabo el profesorado de historia del IES Montes Orientales de Iznalloz, y en particular el profesor José María García-Consuegra, quienes trabajan en las aulas con alumnos de ESO y Bachillerato para desmontar mitos y bulos relacionados con lo que podríamos denominar un «neofranquismo sociológico» que se extiende entre una parte de su alumnado. Dar espacio a los alumnos para que expongan su visión del pasado y rebatirla mediante metodologías de investigación histórica, como puede ser la lectura de documentos originales y bibliografía especializada, es una buena manera de compensar la influencia de los numerosos 'youtubers' y 'tiktokers' que proliferan hoy día en redes sociales y que suponen una de las principales fuentes de información de muchos jóvenes y adolescentes.

Otro ejemplo destacable es la extensa y valiosa labor realizada a lo largo de los años por la veterana asociación Granada Abierta para tratar de incorporar en el debate ciudadano cuestiones de suma importancia en la historia local, como son la resignificación de la celebración de la polémica Toma de Granada cada 2 de enero o la reivindicación de que el 26 de mayo sea declarado día de fiesta local en homenaje a la figura de Mariana Pineda. En la reciente Feria del Libro de Granada y ante la candidatura de la ciudad como Capital de la Cultura Europea para el 2031, esta asociación volvió a llevar a un espacio público tan emblemático como la plaza de Bib Rambla con el acto 'Arde la memoria', una conmemoración de las distintas quemadas masivas de libros en la historia.

Entre ellas destacaban la que algunas fuentes señalan que tuvo lugar en esa misma plaza en los años 1499 o 1500, por orden del cardenal Cisneros, para tratar de borrar la huella arábiga-andalusí en la ciudad. Una denun-

cia, la de aquel acto, que condenaba también el actual bombardeo y destrucción de las bibliotecas y universidades de Gaza por parte del ejército israelí. Dado que lo que sucede en la universidad no suele permear los espacios organizados de la sociedad civil y lo que ocurre en esos espacios a menudo no llega a los departamentos, sería deseable que quienes pertenecemos al ámbito académico prestemos atención y seamos cada vez más capaces de colaborar con asociaciones como Granada Abierta para facilitar la transferencia de muchos de los conocimientos históricos que nos proporcionan nuestras investigaciones.

Finalmente, para no centrarnos exclusivamente en sucesos de nuestro trágico pasado, me gustaría mostrar el valor y potencial de la cooperación entre memoria colectiva e historia cultural cuando cuentan con el apoyo de las instituciones públicas. En ese sentido quiero mencionar la exposición 'Espárrago Rock. A contrapelo' que ha acogido el Hospital Real entre el 11 de marzo y el 9 de mayo. Debemos agradecer a la UGR y, en particular, al equipo actual que gestiona su Centro de Cultura Contemporánea La Madraza, que hayan dedicado tiempo y espacio a reconocer públicamente el enorme valor social y cultural que tuvo el festival Espárrago Rock, no solo en el Huétor Tajar que lo vio nacer o en la capital granadina donde maduró, sino mucho más allá de nuestras fronteras. A través de una auténtica inmersión en nuestro pasado reciente, quienes visitamos la exposición pudimos acceder a una parte de nuestra memoria común que ciertamente se ha convertido en historia al combinarse con muchas otras fuentes para mostrarnos un rico y complejo retrato sociológico de aquel momento. Un momento en el que convivían expresiones tan diversas como el final del movimiento granadino antimilitarista y por la insumisión, junto a la irrupción de nuevos sonidos musicales o la consolidación de determinados modelos culturales que nos plantean en el momento presente la necesidad y a menudo urgente pregunta sobre la cultura que tenemos y la cultura que queremos.

La cuestión de la memoria se filtra en el debate público con persistencia. Lo importante, en cualquier caso, es que, cuando se lleve a cabo una recuperación de la memoria, se haga teniendo en cuenta las voces que no se escucharon en su día y garantizar, en suma, una igualdad de derechos en el acceso al relato del pasado, porque de ello depende que nuestra sociedad llegue a ser lo que debe ser: la suma de todas las voces.